

cambio; federación de estudio y enseñanza, y otras muchas. Todas ellas funcionando por espontáneos, libres y fraternales convenios, semejantes a los que actualmente celebran las compañías de ferrocarriles, las administraciones de correos, los observatorios meteorológicos, los clubs fol-lóricos, las academias científicas y artísticas,

las estaciones de salvamento, las cooperativas de producción y consumo, los sindicatos obreros de resistencia que siguen la norma de la Internacional, etc., etc., tantos etcéteras como pueda comprender el infinito de la inteligencia individual multiplicado por el archiinfinito de la acción común.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

VII

El budismo

Poco a poco, bajo la influencia de la crítica filosófica, perdió parte de su autoridad sobre la multitud el dogma de las emanaciones, y entonces estalló una violenta protesta contra la institución de las castas. Tal fué la revolución búdica. Fraternal, dulcificando y depurando aún el dato védico, la doctrina de Buda conservó, desgraciadamente, hasta agravándole, el predominio de la contemplación ascética sobre la acción individual y colectiva.

Se ha escrito mucho para explicar el éxito inaudito de la propaganda búdica; una de las razones de tal éxito consistió en que el budismo vino en hora oportuna, como después el cristianismo.

Buda había tenido, como enemigo del régimen de las castas, eminentes predecesores, tales como los sabios del cielo de Kapila, de Kanada y de Gotama. Uno de sus precursores fué el gran poeta Valmiki, el inmortal autor del *Ramayana*.

La brecha estaba abierta: «el triple sabio» podía venir.

Procedente de noble familia de los Cakias, Sidhartha-Gautama, más conocido bajo el nombre de Buda, es decir, el Inteligente, el que ha comprendido, o bajo el de Cakia-Muni, nació en Kapilavastu, cerca de Benarés, unos 650 años antes de la era vulgar. A su nacimiento—dicen las leyendas búdicas,—las estatuas divinas se pusieron

en movimiento y hablaron para decir: «Salud a tí, que eres la primera necesidad del mundo».

Sin embargo, hasta la edad de veintinueve años, el príncipe de Kapilavastu llevó una vida mundana. Un día encontró en su camino un anciano, un enfermo y un cadáver. Conmovido profundamente, reflexionó sobre las miserias de la existencia, para dedicarse a la regeneración humana y a la supresión de los males. Y lo hizo, a pesar de la prohibición de su padre.

Partió, pues, llevándose su mujer, que había convertido a su apostolado, y que, por su parte, adoptó una vida de retiro y de maceración. Buda sostuvo aún combates, de los que salió victorioso, y después de haberle tentado en vano *el espíritu del mal* viéndole inquebrantable, huyó,—refieren las mismas leyendas búdicas,—golpeándose el pecho y gritando con rabia: *Mi reino ha pasado*.

Después de la preparación personal por la maceración, por la contemplación y por la adquisición de la triple ciencia, bajo la higuera de Bhodimanda, Buda comenzó el apostolado que había de terminar por la conversión de cuatrocientos a quinientos millones de hombres y por la humanización radical de pueblos particularmente crueles como los mongoles y los tibetanos.

«Unos seis siglos antes de la era cristiana—dice M. Neve—se hacían